EL CAJAL ESPAÑOL

PEDRO LAIN ENTRALGO
Catedrático jubilado de Historia de la Medicina.
Universidad Complutense. Madrid.

No podrían ser rectamente entendidas la vida y la personalidad de Cajal sin considerar atentamente su medular condición de español; él sería el primero en sublevarse contra quien, hablando de una y otra, hubiese prescindido de atribuir importancia suficiente a su recia y honda condición de hombre de España. Veamos, pues, cómo la vivió.

Cajal, español y sabio, sabio y español. Ahora bien, ¿cuál es la índole de esa "y"? ¿Cómo en la persona de Cajal se reunieron su condición de español y su condición de sabio? Puesto que fue la histología la materia de su saber, y no la historia, la literatura, la sociología o la filosofía, pienso que pueden ser dos las respuestas principales. Según una, esa "y" tendría carácter aditivo: Cajal habría sido un español más un sabio. Según la otra, el carácter de la "y" sería inclusivo: Cajal habría sido un sabio en un español; modo éste de ser hombre en el cual, como es obvio, crece y se complica notablemente la mutua influencia entre los dos términos de la relación. A mi modo de ver, la segunda es la que a nuestro histólogo conviene: Cajal fue un sabio "incluido" en un español; si se quiere, en un patriota. ¿De qué modo?

Autorretrato de Cajal hecho en tricomía.

Pienso que el patriotismo de Cajal, su viva y personal manera de sentirse español, atravesó a lo largo de los años cuatro etapas distintas, susceptibles de reducción a otros tantos adjetivos: tradicional, regeneracionista, laboriosa y alarmada.

ETAPA TRADICIONAL

Tradicional –pero a la manera liberal, no a la manera tradicionalista– fue el patriotismo de Cajal, en efecto, desde que en él surgió el sentimiento de patria hasta la honda crisis que el desastre de 1898 trajo a ese sentimiento. La victoria de nuestras tropas en la guerra de Africa de 1860, tan jubilosamente vivida en todos los rincones de España, fue el estímulo que por vez primera puso en su alma la noción y emoción de pertenecer a una patria. Ocho años tenía Cajal cuando en Valpalmas, como todos sus convecinos, vitoreó con entusiasmo a Prim y O'Donnell. Tradicionales hasta las cachas son las palabras con que más tarde recordará el sentir general y su sentir propio ante aquella victoria. "Por fin –oía decir el niño a su alrededor–, nuestras lanzas y espadas, a menudo esgrimidas contra nosotros mismos, se han vuelto contra los odiados enemigos de la raza." Y con una significativa mezcla de ironía, sinceridad y ternura, con estas palabras recuerda su estado de ánimo de aquellos días: "¡Hacía tanto tiempo que la gloriosa bandera española no había flameado sobre los muros de extranjera ciudad!... No había duda; la raza hispana había vuelto en sí, readquiriendo conciencia de su propio valer. Aquellos eran los mismos esforzados infantes de Pavía, San Quintín y Flandes." Tradicionalismo puro.

Sí, pero tácitamente animado por una actitud liberal ante la patria y el patriotismo. Iba a demostrarlo sin celajes su complacida participación en las "patrióticas bullangas" –así las llama– con que la casi totalidad del vecindario de Ayerbe celebró el triunfo de "la Gloriosa". El Cajal de 16 años "simpatizó tanto como el que más con el movimiento liberal", y gritó a coro por las calles de la villa: "¡Viva la libertad! ¡Abajo los Borbones! ¡Mueran los moderados!" Sus recuerdos revelan, por otra

parte, que en él ha despertado la conciencia social: "Se aborrecía a la Guardia Rural –dice– por el exagerado celo con que amparaba los intereses de la burguesía territorial." Sólo dos reparos, uno sentimental, sociopolítico el otro, vinieron entonces a su alma. La Junta Revolucionaria Provincial ordenó "que todas las campanas, menos las de los relojes, fueran descolgadas y enviadas a la Casa Nacional de la Moneda"; y Cajal expresa así su opinión de entonces: "Ese acto de inútil vandalismo me trajo como una sombra de remordimiento... Los destructores de aquellas campanas, ¿cómo no sintieron que rompían también algo vivo y muy íntimo, que renunciaban a recuerdos queridos, que renegaban de fechas inolvidables?" Por otra parte, esta oportunísima y lúcida reflexión: "¿Por qué la libertad no ha de traer automáticamente consigo el bienestar de los humildes y desvalidos?"

Tradicional asimismo fue, en fin, su patriótico modo de vivir como médico militar (1874-1875) la guerra colonial de Cuba; léanse en *Recuerdos de mi vida* las animadas páginas en que lo escribe. Pero, aunque todavía tradicional, su fuerte patriotismo de soldado en la manigua no es ya ingenuo con reservas, sino resueltamente crítico. Ante todo, por las inmoralidades administrativas que descubre en torno a sí y que "con su carácter sandiamente quijotesco" –así veía él su propia condición– en vano trata de remediar. En último término, porque entonces comenzó a percibir la doble torpeza –ética y política– que llevaban en su seno nuestras guerras de ultramar. "¡Asombra e indigna reconocer la ofuscación y terquedad de nuestros generales y gobernantes y la increíble insensibilidad con que se derrochó la sangre del pueblo!... Ni las trágicas lecciones de la emancipación de América ni dos agotadoras campañas en Cuba, ni en el consejo de los pocos políticos clarividentes que hemos tenido, como Aranda, Prim y Pi Margall, hicieron mella en el cerril egoísmo de nuestras oligarquías turnantes... Caíamos porque –frente a las exigencias autonomistas de Cuba y Filipinas– no supimos ser generosos ni justos." He aquí el apóstrofe, tradicional y crítico a la vez, que da término a este fragmento de su autobiografía: "¡Oh, nuestros inveterados abusos administrativos, y cuán caros los ha pagado la pobre España, siem-

La generación a que tan enérgicamente pertenece Cajal se halla centralmente constituida por hombres que, a favor del remanso de paz y libertad ofrecido por la Restauración de 1875, se consagraron al empeño de cultivar con ahínco, calma y suficiencia técnica, una seria vocación científica.

Diploma del Premio Nobel.

pre esquilmada, siempre sangrante y siempre perdonando y olvidando!"

Su paso por el hispánico trance de las oposiciones a cátedra (1878-1883) le da ocasión para añadir nuevas notas al reverso crítico de su patriotismo. Léase una: "Los amigos del presidente del tribunal dieron una vez más pruebas de su inquebrantable disciplina." Pero el giro de aquél hacia una etapa nueva, la "regeneracionista", no acaecerá hasta que la última guerra de Cuba y su desastroso fin sean para su ánimo herida y revulsivo. El año 1898, Cajal se halla en la cima de su edad y de su actividad científica. Veraneando en Miraflores de la Sierra, al lado de su amigo el gran anatomista Federico Olóriz, a quien está exponiendo sus ideas acerca de un importante problema neurológico –la organización fundamental de las vías ópticas y la probable significación general de los entrecruzamientos nerviosos–, recibe "como una bomba la nueva horrenda y angustiosa de la destrucción de la escuadra de Cervera y de la inminente rendición de Santiago de Cuba". Su reacción, su postración, más bien, es tan intensa como inmediata: "La trágica noticia interrumpió bruscamente mi labor, despertándome a la amarga realidad. Caí en profundo desaliento. ¿Cómo filosofar cuando la patria está en trance de morir? Mi flamante teoría de los entrecruzamientos ópticos quedó aplazada *sine die*." No eran estas palabras retórica de circunstancias. En el curso de 1890, valga éste como ejemplo de "año normal" en su producción de entonces, había publicado Cajal hasta 19 trabajos científicos; en los 24 meses de la etapa 1898-1899, tan sólo ocho. "Aquel desfallecimiento de la voluntad, que fue general entre las clases cultas de la nación...", añadirá, dando a su propia experiencia la anchura nacional que realmente tuvo.

ETAPA REGENERACIONISTA

Cajal sale de esa honda postración anímica sumándose a la campaña por la regeneración de la patria derrotada y maltrecha, el gran tema de aquel tiempo. "La prensa –escribe– solicitaba apremiante la opinión de todos, grandes y chicos, acerca de las causas productoras de la dolorosa caída... Y yo, al igual que muchos, jóvenes entonces, escuché la voz de la sirena periodística y contribuí modestamente a la vibrante y fogosa literatura de la regeneración, cuyos elocuentes apóstoles fueron, según es notorio, el gran Costa, Macías Picavea, Paraíso y Alba. Más adelante sumáronse a la falange de los veteranos algunos literatos brillantes, Maeztu, Baroja, Bueno, Valle-Inclán, Azorín, etc. Creo sinceramente que mis declaraciones de El Liberal, Vida Nueva y otros diarios contenían algunas censuras justas y apuntaban tal cual remedio atinado."* Hace ya muchos años, casi

Cajal vive profundamente agradecido a la cálida acogida que la sociedad y los Gobiernos de España –todos– han dispensado a su labor; más de una vez hizo pública la expresión de esa gratitud.

treinta y cinco –en mi libro *Menéndez Pelayo*–, traté de desentrañar el sentido histórico y social de esa "regeneración de España" y propuse distinguir en el amplio grupo de sus panegiristas tres generaciones sucesivas: los inventores y enciclopedistas de la consigna (Costa y Macías Picavea; en cierto modo, también el Galdós de *Doña Perfecta, Gloria* y *La familia de León Roch***), los sabios que, cada uno a su modo, pero todos profesionalmente, se adhieren por algún tiempo a ella (Cajal, Menéndez Pelayo, Julián Ribera, Hinojosa, Olóriz), y los literatos, literatísimos, más bien, que luego constituirán la generación del 98; esos de que habla con elogio el certero apunte de Cajal antes de transcrito. No he de repetir ahora lo que escribí entonces y cualquiera puede leer. Diré tan sólo que la segunda de dichas generaciones, la de sabios, esa a que tan egregiamente pertenece Cajal, se halla centralmente constituida por hombres que, a favor del remanso de paz y libertad ofrecido por la Restauración de 1875, se consagraron al empeño de cultivar con ahínco, calma y suficiencia técnica, una seria vocación científica, y en la tarea de cumplirlo fueron sorprendidos por el desastre de 1898. "La generación presente –escribía Menéndez Pelayo hacia 1875, aludiendo, como es obvio, a quienes en torno a él eran ya varones maduros– se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas"; y en los laboratorios, hubiese añadido Cajal, que con los pocos pesos sobrantes de su servicio médico en Cuba, estaba montando el suyo en un desván de Zaragoza.

Sigamos ahora la aventura regeneracionista de nuestro sabio. Aunque el tono general de sus intervenciones periodísticas se halló siempre claramente determinado por su condición de profesor y hombre de ciencia, pronto el investigador especializado y sobrio reacciona frente a ellas. Confiesa que "no puede releer aquellas ardientes soflamas sin sentir algún rubor". Le disgusta ante todo "su tono general declamatorio y cierto aire patriarcal y autoritario, impropio de un obrero de la ciencia", y añade: "¿Qué autoridad tenía un pobre profesor, ajeno a los problemas sociales y políticos, para censurar y corregir?" Al cabo de unos meses, el sabio reconquista su aplomo, y con energía renovada emprende de nuevo el trabajo vocacional: "Al fin, las aguas volvieron a su cauce y, recobrado el equilibrio, me in-

* He aquí el compendio que de sus recetas él mismo recuerda: "Como remedios morales apuntábamos: renunciar al matonismo internacional y a la ilusión de tomar por progreso real lo que no es más que reflejo pálido de la civilización extranjera; desterrar el empleo de adjetivos hiperbólicos, de que tan pródigos fuimos siempre con nuestras medianías; y, en fin, crear a todo trance cultura original. En el orden pedagógico, proponíamos: el pensionado de profesores y doctores en el extranjero: la incorporación a nuestros claustros de investigadores de renombre mundial: el abandono del régimen enervador del escalafón, sustituido por el sistema alemán de reclutamiento del profesorado, etc."

** Semejante en parte a ellos, sobre todo al Costa del lema "Escuela y despensa", pero distinto a la postre de ellos, porque en lugar de seguir la vía de la predicación multiforme prefirió –y paso a paso recorrió– el camino de la educación metódica, fue su coetáneo don Francisco Giner de los Ríos. ¿Qué otra cosa sino un intento de regeneración de España por la pedagogía fue, en definitiva, la Institución Libre de Enseñanza?

corporé al tajo con el antiguo ardor. Humillado mi patriotismo de español, quedó vivo y pujante, y aún diré que exaltado, mi patriotismo de raza." Del "patriotismo español" al "patriotismo de raza"; del patriotismo tradicional, apoyado en el recuerdo de la España que fue, a un patriotismo regeneracionista, fundado sobre la esperanza en la España que aún podía ser. Porque éste, pese al aparente arrepentimiento del sabio, en la intimidad de su alma seguía operando. Ya he dicho que el hombre Cajal fue de por vida un sabio en el seno de un español.

Dos son los principales testimonios de esa callada perduración del patriotismo regeneracionista en el alma del sabio. El año 1900, ya liberado de la ocasional seducción que sobre él había ejercido la "sirena periodística", Cajal, que está atravesando una crisis de "neurastenia acompañada de palpitaciones, arritmias cardiacas, insomnios, etc., con el consiguiente abatimiento de ánimo", vive y trabaja en una modesta quinta de los altos de Amaniel. Tonificado por el aire del campo, el espectáculo de las cimas del Guadarrama y la "ración de infinito" –tales son sus palabras– que de noche le brinda la bóveda celeste, allí va explorando afanosamente el tálamo óptico y la corteza cerebral, y allí le comunican desde París la noticia de haber recibido el Premio Internacional de Moscú. Pocos meses más tarde, la Universidad le dedica el acto de homenaje anteriormente mencionado. "A patria chica, alma grande"; tal hubiera podido ser el título del discurso con que el sabio, "parapetando su emoción tras las cuartillas", nos dice, respondió a los que habían hecho el elogio de su obra: "Existen ánimos de tal temple, que saben sentir y pensar a un tiempo: yo tengo el cerebro esclavo del corazón, y sólo me permite pensar a hurtadillas de éste"; pero ambos, cerebro y corazón, se juntan en sus palabras finales: "Hoy más que nunca urge un supremo llamamiento al heroísmo del pensar hondo y del esfuerzo viril. Me dirijo a vosotros, los jóvenes, los hombres del mañana. En estos últimos luctuosos tiempos, la patria se ha achicado: pero vosotros debéis decir: *A patria chica, alma grande.* El territorio de España ha menguado; juremos todos dilatar su geografía moral e intelectual... Amemos a la patria, aunque no sea más que por sus inmerecidas desgracias. Porque el dolor une más

Cajal autorretratado ante el microscopio.

Sin implicaciones políticas muy concretas, la actitud de su ánimo ha sido siempre resueltamente democrática y liberal.

que la alegría, ha dicho Renan... Honremos al guerrero que nos ha conservado el solar fundado por nuestros mayores. Pero enaltezcamos también al filósofo, al literato, al jurista, al naturalista y al médico, que defienden y afirman en el noble palenque de la cultura internacional el sagrado depósito de nuestra personalidad artística y moral..."

A patria chica, alma grande. Cómo el sabio Cajal –el sabio incluido dentro del español Cajal– entendió esa compensadora grandeza del alma, con total claridad lo declaran sus propias palabras: la regeneración de España, la inédita vida nueva que la patria puede iniciar tras el Desastre, debe conquistarse ante todo por la vía del trabajo intelectual, científico y técnico. El giro regeneracionista del patriotismo cajaliano adquiere así la orientación y el contenido que su oficio y el de toda su generación –Menéndez Pelayo, Julián Ribera, Hinojosa, Olóriz, Alejandro San Martín, Eduardo Torroja, Gómez Ocaña, Ferrán, Turró, Torres Quevedo, Manuel B. Cossío –forzosamente había de exigir. Corresponderá al gran histólogo, sin embargo, el mérito de haber dado al sentir de todos el nombre que aquella situación del ánimo nacional con tanto menester pedía. Fue en 1905, cuando España entera, como secretamente movida desde dentro de sí misma, celebró el tercer centenario de la publicación del *Quijote.* Entre los capaces de mover pluma, apenas hubo español que no estudiase o exaltase la totalidad de nuestro máximo libro o una parcela de él. Estas fueron las palabras culminantes en la personal intervención de Cajal: "El quijotismo de buena ley... tiene en España ancho campo en que ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar, con altas miras nacionales, las inagotables riquezas del suelo y el subsuelo; descuajar y convertir en ameno jardín la impenetrable selva de la naturaleza, donde se ocultan amenazadores los agentes vivos de la enfermedad y la muerte; modelar y corregir, con el buril de intensa cultura, nuestro propio cerebro, para que en todas las esferas de la humana actividad rindan copiosas miles de ideas nuevas y de invenciones provechosas al aumento y a la prosperidad de la vida; he aquí las estupendas y gloriosas aventuras reservadas a nuestros Quijotes del porvenir."

El patriotismo crítico y operativo de Cajal alcanza así contenido y nombre; es un "quijotismo de la ciencia"; la idea y el proyecto de la regeneración de la patria mediante un cultivo esforzado y quijotesco, en definitiva redentor, de la ciencia y la técnica. No era nueva en él tal actitud frente al problema de España; recuérdense sus palabras de 1900. Más aún; poco antes de la crisis de 1898, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias, del cual iba a salir poco más tarde su libro *Reglas y consejos para la investigación científica,* Cajal había atacado de frente la cuestión que en 1876 dio lu-

gar a la famosa "polémica de la ciencia española": la razón por la cual fue tan escasa nuestra contribución a la génesis y el desarrollo de la ciencia moderna. Después de pasar revista crítica a las varias explicaciones hasta entonces propuestas –"hipótesis térmica", "teoría oligohídrica", "teoría económico-política", "hipótesis del fanatismo religioso", "hipótesis del orgullo y la arrogancia españoles", las va llamando–, él resume su posición personal en dos tesis, una negativa y otra positiva: la manquedad de nuestra producción científica no procede de una incapacidad geográfica o racial de la nación española; la razón principal de tal manquedad consistió en nuestro aislamiento, en la "segregación intelectual" de nuestro pueblo. "España –concluye– no es un pueblo degenerado, sino ineducado", y "la causa culminante de ese retardo nuestro no es otra que el enquistamiento espiritual de los españoles." Salta a la vista que el problema dista mucho de quedar resuelto con estas sencillas fórmulas cajalianas. Más que diagnosticar una verdadera causa, lo que hace nuestro sabio es nombrar más o menos acertadamente una realidad histórico-social. ¿Por qué –habría que preguntarle– llegaron a existir en la sociedad española esa "ineducación" y ese "enquistamiento espiritual"? ¿Cómo uno y otra pueden y deben ser históricamente explicados? Pero, ya lo advertí antes, yo no trato de completar a Cajal, sino de entenderle; y creo que la clave del entendimiento consiste ahora en advertir que el Cajal de 1905 siente y realiza su hondo patriotismo con arreglo a tres coordenadas históricas y psicológicas. Haciendo suya la consigna de la generación que le precede, la de Costa y Macías Picavea, propone a todos la empresa de "regenerar" el país, de edificar una España nueva fomentando virtualidades operativas que, como un tesoro oculto, conservaría intactas en su seno la raíz biológica de nuestro pueblo. Sumándose sin saberlo a los hombres más representativos de la generación que le sigue, la del 98, concibe esa nueva vida de la patria como una "tercera salida de Don Quijote"; o como la cuarta salida del héroe, si como primera quiere contarse la tan breve en que le armaron caballero. Tal propuesta fue, en efecto, uno de los rasgos comunes del grupo regeneracional a que dieron centro Unamuno, Ganivet, Azorín, Baroja, los Machado, Valle-Inclán y Maeztu, y ella es también la que en 1905 proclama Cajal. Pero él lo hace conforme al espíritu de la generación que surgió entre la de Costa y la de Unamuno, la suya, la de sabios profesorales, y no otra es la razón por la cual su quijotismo, aun siendo tan próximo al noventayochista –muy diversamente matizado en sí mismo, por lo demás–, no coincide enteramente con él.

ETAPA LABORIOSA

Entre 1905, fecha de su exaltada apelación al espíritu de don Quijote, y 1906, año en que le fue concedido el Premio Nobel, comienza la etapa del patriotismo de Cajal que antes llamé "laboriosa", no porque antes de 1898 no fuese una titánica labor cotidiana la nota principal de su actividad, sino porque a partir de la recepción de ese premio, del chaparrón de honores que subsiguió a ella* y de su negativa a la petición de Moret, que quiso hacerle ministro de Instrucción Pública, el sabio

Cajal dio a España su obra gigantesca, su ejemplo, su amor siempre encendido y operante, la brillante escuela histológica que supo crear.

se entrega día tras día a la callada tarea de realizar, bien por sí mismo, bien con la estrecha colaboración de quienes le son más próximos, la parte de ese "quijotismo del trabajo" que directamente le concernía. Más que en la ardorosa proclamación de consignas generales, su amor a la patria se manifiesta ahora en el cumplimiento estricto de deberes personales; en la empresa de "aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo", para decirlo con palabras de su discurso "A patria chica, alma grande." La investigación propia, el fomento de la que van emprendiendo sus discípulos directos e indirectos, la redacción de dos de sus libros más importantes –monumental edición francesa de la *Histología del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados* (1909-1911), *Estudios sobre la degeneración y regeneración del sistema nervioso* (1913-1914)– y la presidencia de la Junta para Ampliación de Estudios, fueron desde 1906 hasta 1932, año en que alcanzó los ochenta, las pacíficas y fecundas aventuras de su personal colaboración en la "tercera salida de Don Quijote". ¿Con la convicción de que, no obstante el creciente deterioro de nuestra vida política y social, se está logrando una parte de lo que como apóstol de la regeneración él había soñado y propuesto? Tal vez sí. "De acuerdo con el consejo del filósofo, he procurado que mi vida sea en lo posible poema vivo de acción intensa y de heroísmo tácito, en pro de la cultura científica... Séame permitido pensar que mi obstinada labor ha entrado por algo en el actual renacimiento biológico –intelectual, habría que decir– de mi país... La pretendida incapacidad de los españoles para todo lo que no sea producto de la fantasía o de la creación artística, ha quedado reducida a tópico ramplón." Escritas en 1922, estas palabras muestran con evidencia cómo el patriotismo quijotesco de Cajal se ha trocado dentro de su alma y de su vida, sin dejar de ser fiel a sí mismo, en eficaz patriotismo laborioso.

ETAPA ALARMADA

Así hasta que entre 1932 y 1934 componga *El mundo visto a los ochenta años* y haga patente que su cons-

* No resisto a la tentación de copiar el párrafo en que el propio Cajal lo describe: "Metódica e inexorablemente se desarrolló el temido programa de festejos: telegramas de felicitación; cartas y mensajes congratulatorios; homenajes de alumnos y profesores; diplomas conmemorativos; nombramientos honoríficos de corporaciones científicas y literarias; calles bautizadas con mi nombre en ciudades y hasta en villorrios; chocolates, anisetes y otras pócimas, dudosamente higiénicas, rotuladas con mi apellido; ofertas de pingüe participación en empresas arriesgadas o quiméricas; demanda apremiante de pensamientos para álbumes y colecciones de autógrafos: petición de destinos y sinecuras... En resolución, cuatro largos meses gastados en contestar felicitaciones, apretar manos amigas o indiferentes, hilvanar brindis vulgares, convalecer de indigestiones y hacer muecas de simulada satisfacción... En España, para salir bien de obsequios y agasajos, hay que tener corazón de acero, piel de elefante y estómago de buitre."

tante patriotismo ha entrado en una nueva etapa, esa que antes llamé "alarmada". ¿Por qué? Cajal vive profundamente agradecido a la cálida acogida que la sociedad y los Gobiernos de España –todos– han dispensado a su labor; más de una vez hizo pública la expresión de esa gratitud sin implicaciones políticas muy concretas, la actitud de su ánimo ha sido siempre resueltamente democrática y liberal. La instauración de la Segunda República parece haber situado en el poder, o al menos en plena vigencia política, a quienes más fielmente habían dado continuidad a sus ideales de 1905. ¿No lo demuestra así el hecho de que en 1933 le sea concedida la Banda de la Orden de la República? Y, sin embargo, no vacila en declarar su alarmada intransigencia –copio sus palabras– "con sentimientos que desembocarán andando el tiempo, si Dios no hace un milagro, en la desintegración de la patria y en la repartición del territorio nacional." Tal vez esté hablando con excesivo apasionamiento; él mismo se apresura a reconocerlo. Le está moviendo, en todo caso, "la viveza de unas convicciones españolistas que no ve suficientemente compartidas." ¿Será que en su alma de viejo, y como reacción personal a los movimientos autonomistas que entonces prevalecen, ha resucitado el patriotismo tradicional de su mocedad? Así lo hace pensar el capítulo que dedica a la que él llama "atonía del patriotismo integral."

Como vio antaño el fundamento de su adscripción a los ideales del regeneracionismo, Cajal ve ahora la causa de su alarma en la crisis que trajo a nuestra historia la derrota de 1898. "Las deplorables consecuencias del desastre colonial –escribe– fueron dos, a cual más trascendentales: el desvío e inatención del elemento civil hacia las instituciones militares, a quienes se imputaban faltas y flaquezas de que fueron responsables gobiernos y partidos, y, sobre todo, la génesis del separatismo disfrazado de regionalismo." La comparación entre el ejemplar patriotismo de los catalanes en 1860 y 1873 con la actitud de Cataluña ante la unidad de España en 1933, le da la medida del cambio producido en la conciencia nacional.

Erraría, sin embargo, quien sólo patriotismo integral o tradicional y alarma frente al riesgo de la desintegración patria viese en la última etapa de la españolía de

Así vio el caricaturista Román Bonet, en 1910, a Ramón y Cajal.

Cajal, un gran sabio en el seno de un gran español; un investigador para el cual en todo momento existió la más estrecha relación entre su actividad científica y su pertenencia a la cultura y a la historia del país que de por vida quiso llamar "suyo".

Cajal. Junto a esa alarma, dentro de ella, una penosa incertidumbre latía en su ánimo. Incertidumbre respecto de lo que efectivamente va a ser de España. Por un lado, el temor: "si Dios no hace un milagro..." Por otro, la confianza: "Esperemos que en las regiones favorecidas por los Estatutos prevalezca el buen sentido, sin llegar a situaciones de violencia y a desmembraciones fatales para todos. Estamos convencidos de la sensatez catalana..."; ese *seny* cordial y cortés que con tanta complacencia él había visto en su tertulia del Café de Pelayo y de "La Pajarera", cuando tan apasionadamente estaba descubriendo la unidad de la célula nerviosa*. Incertidumbre, a la vez, en cuanto a la actitud que frente a tal amenaza debía adoptarse. Hay momentos en que el patriotismo tradicional de su juventud, aquél que el desastre de 1898 puso en tan grave crisis, parece retoñar: "Pongámonos hipotéticamente en lo peor. ¿Qué debemos hacer?... Si yo pudiera retroceder a mis veinticinco años henchidos de patriotismo exasperado, contestaría sin vacilar: la reconquista *manu militari* y cueste lo que cueste." Pronto, sin embargo, se impone en su alma el buen sentido: esa decisión acarrearía "la bancarrota irremediable de España y la consiguiente intervención extranjera... Aplicada a las pugnas intestinas de un país, la fuerza no resuelve nada. Enconaría las antipatías y cerraría el paso a soluciones de cordial convivencia."

Alarma, incertidumbre; pero, en el subsuelo de ambas, la misma herida esperanza que en 1905 hizo proclamar a nuestro sabio la consigna de una tercera salida de Don Quijote a los caminos de la historia: "No; digan cuanto gusten derrotistas y augures pusilánimes, el ímpetu de nuestra raza no se extingue fácilmente. Padecerá eclipses, atonías, postraciones como las que han padecido otros pueblos...". La posibilidad de "orientar las voluntades hacia un fin común, la prosperidad de la vieja Hispania", luce, sin embargo, ante los ojos cansados del octogenario. En la declaración de su fe en ella sigue viendo el nervio más íntimo de su legado a los jóvenes de España.

Fechaba Cajal estos párrafos en mayo de 1934. Cinco meses más tarde moría, y es seguro que esa mezcla de alarma, incertidumbre y esperanza no llegó a desaparecer de su alma. Pocos días antes de su muerte, ¿oiría los disparos que preludiaron la última y más atroz de todas nuestras guerras civiles? Acaso. Lejos ya de esta guerra, templado y depurado por la imborrable experiencia de ella el amor a España, mirando con distancia, pero

* "En Barcelona nació la doctrina de la neurona", solía decir, con muy español y muy cabal catalanismo, don Agustín Pedro-Pons.

con ternura, la retórica briosa y entusiasta del patriotismo cajaliano, en esas dos postreras aspiraciones suyas: la "orientación de las voluntades hacia un fin común" y la concepción de éste como "la prosperidad de la vieja Hispania", continúa cifrándose, creo yo, lo que para su pueblo quiere hoy la inmensa mayoría de los españoles.

Vuelvo a mi fórmula: Cajal, un gran sabio en el seno de un gran español; un investigador para el cual en todo momento existió la más estrecha relación entre su actividad científica y su pertenencia a la cultura y a la historia del país que de por vida quiso llamar "suyo". España dio a Cajal deficiencias, preocupaciones y estímulos: claramente lo hacen ver las páginas que preceden. Cajal, por su parte, dio a España su obra gigantesca, su ejemplo, un amor siempre encendido y operante, la brillante escuela histológica que supo crear, la posibilidad de pensar con fundamento objetivo que los españoles somos capaces de crear ciencia experimental de calidad, y un cómodo pretexto para aliviar, con zalemas al sabio, la mala conciencia de prestar escasa atención a la sabiduría. Mutua relación que tal vez constituya un caso único en la historia de la ciencia europea.

Así lo vio un ilustre histopatólogo, Hugo Spatz, en la hermosa necrología que dedicó a nuestro máximo hombre de ciencia: "A Ramón y Cajal le ha sido otorgado un destino que sólo muy excepcionalmente encuentra un investigador: su nombre fue y es conocido por todos los hombres de su tierra e hizo latir entre ellos el corazón de todos los patriotas. Cajal ha llegado a ser un héroe nacional de su pueblo... Las investigaciones de Cajal son incomprensibles sin la obra de los descubridores de la célula; pero, ¿se puede decir que el nombre de Schleiden y el de Schwann sean familiares a todos los alemanes? ¿Conoce todo alemán los nombres de Paracelso, Johannes Müller, Virchow, Pettenkofer, Robert Koch, y está orgulloso de tener estos compatriotas? Hay que dudarlo. ¿Por qué, pues, adquirió Cajal en su país celebridad tan singular? Las razones deben ser ante todo buscadas en su personalidad. Un joven español con quien yo hablaba hace años de Cajal, me dijo con ojos radiantes: ¡Es nuestro héroe! Creo que esta expresión recoge bien la esencia íntima de Cajal. Verdaderamente fue un héroe. Heroica era su apariencia, heroica la noble expresión de su lenguaje, heroico su ánimo para vencer toda suerte de obstáculos. Heroica fue, en fin, la meta de sus aspiraciones: lograr que el nombre de su patria fuera apreciado en el mundo entero. Y aunque esto pareciese imposible cuando comenzó sus investigaciones, tal meta ha sido alcanzada... Mientras haya hombres que se planteen el problema de lo que realmente acontece en el órgano del alma, será pronunciado su nombre."

Cajal, nuestro héroe. Entre los actuales jóvenes universitarios, no sé cuántos harían suyo este juicio del pensionado en Alemania que hace como medio siglo conversaba con Hugo Spatz. Tal vez ninguno. Interrogados acerca de Cajal, tal vez muchos no supieran añadir gran cosa al recuerdo de ese nombre. ¿Servirán estas páginas para subsanar, siquiere sea en parte, tan nefasto olvido? Porque lo cierto es que España, nuestra España, se halla muy menesterosa de hombres que se entreguen tan tenaz y esforzadamente como él a la empresa que él declaró su ideal: "Aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo." **P.L.E.**

El Cajal español. *Pedro Laín Entralgo*

Imosec®

Composición cuantitativa: Cápsulas. Cada cápsula contiene: Loperamida clorhidrato (D.C.I.), 2,0 mg. **Solución:** Cada ml (25 gotas) contiene: Loperamida clorhidrato (D.C.I.), 0,2 mg; Sacarina sódica, 10,0 mg. **Propiedades:** Loperamida, principio activo de IMOSEC, es un antidiarréico por su acción normalizadora de hiperperistaltismo intestinal y del equilibrio hidroelectrolítico entre la secreción y la absorción a través de la pared del intestino. **Indicaciones:** Procesos diarréicos agudos y crónicos. **Posología: Niños de 2 a 7 años:** 10 gotas/kg/día repartidas en tres tomas. Aumentar si es necesario hasta un máximo de 30 gotas/kg/día. **Niños de 7 a 15 años:** 1 cápsula como dosis inicial seguida de 1 cápsula tras cada deposición diarréica hasta un máximo de 6 cápsulas diarias. **Adultos:** 2 cápsulas como dosis inicial seguidas de 1 cápsula tras cada deposición diarréica hasta un máximo de 8 cápsulas diarias. **Precauciones:** No debe administrarse a niños menores de 2 años que estén en régimen de estricta vigilancia hospitalaria que garantice una correcta dosificación del producto, así como un control de la evolución de la enfermedad, puede administrarse el medicamento (valorando en cada caso la relación beneficio/riesgo para el paciente) a dosis de 10 gotas por kg de peso, repartidas en tres veces al día. Puesto que la diarrea persistente puede ser síntoma de otros procesos patológicos, la Loperamida no debe usarse en tratamientos prolongados sin evaluar las posibles causas del proceso tratado. **Contraindicaciones:** Está contraindicado en casos de suboclusión intestinal e insuficiencia hepática grave. No está demostrada la inocuidad durante el embarazo. No se recomienda su utilización, especialmente durante el primer trimestre, a no ser que a juicio del médico el beneficio justifique el riesgo potencial. **Interacciones:** Puede potenciar la acción de los anticolinérgicos e inhibidores del peristaltismo intestinal. **Efectos secundarios:** Excepcionalmente puede presentarse una discreta sequedad de boca. Puede producir náuseas, vómitos y fatiga. Una sobredosificación puede producir síntomas de hipertonía, estreñimiento, bradipnea y somnolencia. La sintomatología por sobredosificación puede darse con mayor frecuencia en niños. **Intoxicación y su tratamiento:** En los casos de sobredosificación se procurará eliminar el fármaco por los procedimientos habituales y establecer un tratamiento sintomático. Puede administarse fisotigmina como antagonista de IMOSEC. **Presentación:** Cajas con 10 y 20 cápsulas, P.V.P. **322**pts, P.V.P. **537** pts. Frasco con 100 ml de solución, P.V.P. **364** pts.

JANSSEN
FARMACEUTICA